

EL MOTÍN



Año XXXIX

Madrid, Domingo 30 de Noviembre de 1919

Número 35.

EL MOTÍN PERIÓDICO SEMANAL SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 p setas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Periodistas sindicados

Querido Nakens: Cuanto más amigos más claros, pues no creo que de mi leal amistad pueda usted dudar por que yo exponga lisa y llanamente mi criterio en esto de la sindicación de los periodistas, tema que se ha resuelto en Madrid sin que se hayan conmovido las esferas, y que no se res: lverá nunca en Barcelona por el egoísmo y pusilanimidad de unos y de otros.

Usted no es partidario de la sindicación porque eso del *periodista jornalero* le suena á usted mal al corazón y á los oídos. Mariano de Cavia ha destapado también la caja de los truenos sobre el mismo tema, y aquí nuestro gran Cambó lo rebatió con energía manejando el desacreditado argumento de que la confección de un periódico no es lo mismo que fabricar una pieza de tela.

Las razones que usted alega en su comentado artículo escrito *in illo tempore*, admirables é ingeniosas como todo lo que sale de su pluma privilegiada, no son adaptables al momento presente, porque el periodista de hoy no es el de tiempo atrás, pues nuevas necesidades han traído nuevas ideas, y nuevas ideas exigen acoplaciones y metáforas imprescindibles si no se quiere renunciar á la vida.

El periodista, el escritor, el intelectual se creían antes de una casta superior, semi-divina, á mil codos sobre la turba multa que derrochaba su sudor *pro pane lucrando*.

No se hacía todo lo que se hacía por amor al arte, pero sí se decía, y puestos en conflicto la espiritualidad y el panecillo, la maldita vanidad hacía sacrificar muchas veces éste. Se era un espiritual *malgré lui*, algo así como el médico á palos de Molière. Hoy en

día esas ideas no se pueden sostener, porque la gran guerra ha derrocado todas las castas y todos los encasillados caprichosos haciendo un escrupuloso balance de lo que cada uno es y aporta al beneficio social.

Aquel peón de albañil, aquel mozo de mulas que antes mirábamos con cierta conmiseración desdeñosa, ha salido de su plano inferior, y hoy cobra más que un redactor-jefe ó un director de periódico. Claro es que no es lo mismo llevar en la cabeza una esportilla de ladrillos ó echar el pienso á un caballo que escribir un artículo filosófico ó literario con pluma ática y pulcra; pero tampoco es lo mismo que el carpintero que le hace á usted la tapa de la tinaja gane en un par de días lo que un escritor ó periodista no gana en una semana.

¿Que es triste, doloroso que bajemos de nuestra torre de marfil (á mí no me parece así) para ir á confundirnos con las mesnadas del trabajo manual? ¿Y qué hemos de hacerle, si también nosotros tenemos estómago y desnudez que cubrir? Remilgos son estos de hidalgo empobrecido que quiere á despecho del hambre que le atenaza conservar su rango sin oro y sin brillo.

¿De dónde se han sacado Mariano de Cavia y Cambó que un periodista al sindicarse pierde su libertad de pensamiento, su espiritualidad y admite un credo forzoso que repugna á sus ideales?

En el intento que se ha hecho en Barcelona de sindicación de periodistas, y lo mismo ha sucedido en otras partes, á nadie se le ha dado un dogma ó programa de especie alguna ni se ha puesto la menor traba á su mentalidad. Prueba de ello es que en tal sindicato entraban los periodistas de todas las ideas y colores, aun las más antagónicas.

Mariano de Cavia ha dicho que al periodista sindicado se le despoja de su primera condición, que es la *libertad*, y de su único y espiritual blasón, que es la *personalidad*.

Esto es falso en absoluto, pues ambas cosas le deja indemnes é inmaculadas, á no ser que por libertad entienda Cavia la de morirse de hambre, y por personalidad un estado de servidumbre humillante que le coloca en inferioridad patente hasta delante de los aprendices de imprenta.

Cavia, y otros que han llegado al rango que él, que cobran espléndidos sueldos y se consideran á salvo del naufragio de la vida, hablan así por

que el sindicato no ha de darles nada que ya no posean, y en consonancia con el egoísmo feroz que reina en nuestra clase quieren cohonestar su retirada lanzando la piroclopedia de frases huecas y sonoras.

Todo esto no nos convence á los preteridos, á los postergados, á los parias, que somos los más. El sindicato no quiere quitarnos nada de eso que dicen Cavia y algunos patronos periodísticos; el sindicato quiere que comamos todos y que nos dignifiquemos ante los demás y ante nosotros. Los patronos están confederados, sindicados, unidos para la defensa de sus intereses; ¿por qué no hemos de estarlo nosotros para los nuestros? ¿Qué me importa á mí que me equiparen á un pocero ó á un limpia botas si él social y económicamente representa más que yo y está mejor que yo?

Lo que sucede aquí es que detrás del sindicato de periodistas sólo se han visto las mejoras, los aumentos de sueldo que se avecinan, y esto ha hecho que se rechinen los dientes y se afilen las uñas en contra nuestra.

El sindicato en nuestra profesión lo ha creado la necesidad, como lo ha creado en todas las demás. Ninguna mejora se ha alcanzado ni se alcanzará jamás espontáneamente en nuestra clase. Han pasado las horribles privaciones de cinco años de guerra sobre nosotros, y todas las bocas han enmudecido. Se ha cuadruplicado el presupuesto de la vida, y nadie se ha detenido á pensar cómo resolvemos este problema. Han sido escuchados los que han gritado y han amenazado; se han quedado con su hambre y su miseria los entregados á una resignación servil. ¿Qué es lo que nos hace odiosos, el que intentemos salir de este estado de miseria mal disimulada?

Pues el remedio es bien sencillo: que se adelanten los que puedan ó quieran y salgan al frente de las peticiones del sindicato.

Créame, amigo Nakens, no concibo cómo usted, periodista de toda la vida, que se acerca á su ocaso con la perspectiva del hospital ó el asilo, no simpatiza con los justos anhelos de los que queremos salir de este círculo mezquino, anhelos que son lícitos á todos menos á nosotros.

FRAY GERUNDIO

A "FRAY GERUNDIO"

¿Dudar yo de su amistad porque disienta usted de una opinión mía? Al

contrario. Eso me confirma lo sincera que es.

De lo que dudo es de si acertaré yo á responder á su artículo sin haber antes fijado bien estos dos puntos: Si el periodismo es oficio, arte ó profesión, y si se entra en él por ganarse la vida, defender un ideal, adquirir notoriedad, abrirse paso en política, ó sin saber porqué. Aclarado lo que cada uno pensara sobre esto, no me vería en el aprieto que me veo.

Pero en fin, esbozaré á vuela pluma algunas observaciones, ó mejor dicho, las dictaré á la ligera, á salga lo que saliere.

Y comienzo exponiéndole el motivo de mi extrañeza, cuando me enteré de que los periodistas trataban de constituirse en sindicato. No fué otro que el de no habérselo ocurrido nunca que ninguno de los que ejerciesen de tales pudiera suponer que el periodismo era un oficio. Por esto publiqué lo que si, que en el número 13 de EL MOTIN co, correspondiente al 25 de Mayo último,

«No sé si el periodismo es más ó es menos que la albañilería y la herrería; si se atiende á la remuneración desde luego es menos. Lo que sí afirmo es que no existe entre el uno y las otras término alguno de comparación.

El periodismo no es sencillamente un modo de ganarse la vida; casi es un modo de no ganársela. En la misión del periodista hay una aportación espiritual que no se encuentra en ninguna de las profesiones que exigen simplemente una capacidad técnica. Un obrero librepensador puede contribuir á levantar una iglesia por que al considerar un edificio, cabe separar la idea á que obedece su erección y la función técnica de construirlo. No así con un periódico, que es una idea desde el principio al fin ó no es nada. Ni la misión del periodista más modesto está libre de la influencia ideal. La hay en el interés por la noticia escuchada y en la indiferencia por la noticia deseída. Influyen las ideas y las opiniones en el modo de oír y de ver. Y si las ideas no separan ni hacen adversarios á los hombres ¿qué puede separarlos? De un periodista de la izquierda á uno de la derecha va tanta diferencia cuanta es posible entre dos seres humanos, y algunas veces más.

De que no es igual trabajar en un periódico que trabajar en un andamio parecen no haberse dado cuenta los autores del proyecto de bases para la sindicación de periodistas que ha caído en mis manos. Todo está allí previsto: sueldo mínimo, escala de ascensos por antigüedad, jornada de trabajo, descanso de un día á la semana... todo. Todo menos el derecho del periodista á conocer cómo y de qué vive el periódico en que escribe para saber si dignamente puede asociar á él su nombre y su espíritu; todo menos el derecho á oponerse á campañas perjudiciales ó deshonrosas. Y tampoco parecen haberse enterado al dictar esas escalas de sueldos y esa igualdad de condiciones de que en las obras del entendimiento es donde llegan los hombres al máximo de sus diferencias. No puede compararse la que hay entre un ladrillo bien puesto y un ladrillo mal puesto con la que existe entre un artículo de Figaro y un artículo de Maura.

Ya sé la contestación que se encuentra

á todas estas razones: «Sí; todo eso está muy bien. Pero el periodismo actual no es eso. La realidad es la realidad.»

¡La realidad! Lo peor de esta palabra no es que se invoque siempre que se trata de cubrir una mala acción, sino que no hay modo de ponerse de acuerdo sobre lo que es. La realidad para algunos es la precisión de vivir reconociendo determinados límites á la conveniencia; para el tahir la realidad es la carta matada; apuesto algo á que mis lectores adivinan cuál es la realidad del escarabajo. Llegó la guerra, para unos perio istas la realidad fué la conveniencia de venderse á Alemania para vivir mejor; la realidad de otros fué buscar consuelo para sus dificultades en el legítimo orgullo de no haber descendido á ese inhumano y vergonzoso concierto.

Y ya que hay entre nosotros señores tan dados á lo que es real y á lo que es práctico, han debido advertir que, si en el periodismo está en quiebra todo lo elevado y todo lo noble, no debemos ser nosotros mismos quienes autoricemos con nuestro testimonio el desprecio en que ya se nos tiene.»

Como se ve, no contienen esas líneas ni una palabra contraria á la justificada pretensión de que los periodistas obtengan ventajas en sus sueldos.

Una advertencia he de hacer á usted, amigo *Fray Gerundio*, antes de contestar á sus apreciaciones y argumentos. Tengo la seguridad de que usted los ha hecho pensando en los demás antes que en usted. Me autoriza para creerlo, el saber que, teniendo asegurado el presente y el porvenir en la profesión que ejercía antes de ingresar en el periodismo, sacrificó ambos á ideas que consideró superiores á las de comer y vestir mejor ó peor.

«Que el periodista de hoy no es el de tiempos atrás, porque nuevas necesidades han traído nuevas ideas?»

—No, el de ayer, como el de hoy, sabía que estaba mal retribuida su labor, pero continuaba en el periodismo por alguna de las razones que anteriormente he expuesto.

«Que los intelectuales de toda clase se creían antes de una casta superior?»

—Nunca admití la superioridad de las castas, mas siempre reconocí que hay individualidades superiores, lo mismo arriba, que enmedio, que abajo.

La inteligencia es la primera de las fuerzas. En los mismos sindicatos de obreros creados ahora ¿quién predica? ¿Quién convence? ¿Quién dirige? ¿Quién impulsa? Los más inteligentes. Y esto lo reconocen los mismos que constituyen el sindicato de periodistas al establecer categorías en los sueldos, sin fijarse en que las necesidades de algunos del gremio que cobran el mínimo pueden ser mayores que las de otro que cobra el máximo.

«Que la gran guerra ha derrocado todas las castas y todos los encasillados caprichosos?»

—«¿Todos? No; ¡ojalá! Pero si así fuera habría que bendecir al que la de-

sató por haber anticipado el término de grandes injusticias, algunas de las cuales hubieran perdurado mucho tiempo. Mas ni lo que esa guerra ni ninguna otra derrocará, es la superioridad del hombre que difunde ideas sobre el que las pone en práctica, del que inventa sobre el que ejecuta.

«Que el mozo de mulas y el peón de albañil han salido de su plano inferior, porque cobran más que un redactor jefe ó un director de periódico?»

—Tampoco lo admito. Se han quedado en el plano social que estaban. Satisfacen más fácilmente sus necesidades, pero nada más.

«Que también nosotros (los periodistas) tenemos estómago y desnudez que cubrir?»

—Sí, y debemos llenarlo y taparla con viandas más escogidas y telas más ricas que el peón de albañil y el mozo de mulas. A más inteligencia, más refinamiento en los gustos. Pero esto no quiere decir que debamos apelar á los mismos procedimientos que ellos emplean para satisfacer esas dos necesidades.

«Que un periodista al sindicarse ro pierda su libertad de pensamiento, su espiritualidad?»

—Escribiendo en un periódico de sus ideas, claro que no. Haciéndolo en otro de ideas distintas, mal podría perder lo que ya no tenía.

«Que la prueba de que los periodistas no pierden ni su libertad de pensamiento ni su espiritualidad está en que entran en el sindicato los de todas las ideas y colores, aun las más antagónicas?»

—Precisamente esta es la parte menos defendible de la sindicación. Les que se faltan al respeto á menudo insultándose, calumniándose y en ocasiones agredándose, no pueden unirse dignamente ni aun para exigir que se les conceda aquello á que tienen perfecto derecho: vivir de su trabajo. Y voy más allá: para esto menos que para cosa alguna.

«Que la libertad y la individualidad se le dan indemnes al periodista sindicado?»

—Las que tuvieran hasta entonces, sí; no las que debieran haber tenido siempre. Sabido es que en algunos periódicos (en los más) hay determinados asuntos que no puede tocar el que escribe. ¿Causas? Las que fueren. Pero aun siendo todas justas y lícitas, coartan la libertad del periodista y desdibujan su individualidad.

«Que el sindicato quiere que coman todos los periodistas y que se dignifiquen?»

—Eso deseamos todos, sin creer y por esto que los graduadores de la dignidad del periodista sean los cocineros y los sastres.

«Que no importa que nos comparen á

los poceros y á los limpiabotas, si ellos social y económicamente representan más que á nosotros y están mejor que nosotros?»

—¿Representar más que nosotros? Únicamente cuando desempeñan las funciones de su oficio. Pero en aquello, sólo en aquello... El estar mejor económicamente, no supone superioridad ninguna. Se da el caso contrario muchas veces.

«¿Que en nuestra clase no se ha alcanzado ni se alcanzará espontáneamente jamás ninguna mejora?»

—Ignoro si han sido concedidos espontáneamente ó no los sueldos que hoy disfrutan los periodistas, pero sé que yo, cuando llegué á cobrar en *El Globo* 40 duros mensuales allá por el año 1877, era envidiado en la parte económica por la mayoría de mis compañeros en la Prensa. Esto no quiere decir que crea que hoy están bien pagados.

«¿Que lo que hace odiosos á los sindicatos es que intenten salir del estado de miseria en la disimulada?»

—¡Odiosos! ¿A quién ni por qué? No. Todos aplaudimos que traten de vivir como merecen. Lo que no creemos, yo al menos, es que el camino elegido sea el mejor para llegar á donde desean. Prescindiendo de mis puntos de vista en lo que pudiéramos llamar parte espiritual del periodismo, yo me habría adherido desde luego á la idea del sindicato á no tratar sus iniciadores de imponerse por la fuerza del número á los que no creían fácil y hacadero el propósito; y que además se adhirieran á la idea lanzada por los tipógrafos de negarse á componer el original del periodista que no estuviera sindicado. Y eso que á ratos me ponía de buen humor pensando que pudiera verme expulsado del periodismo por *squirrel*.

«¿Que no concibe usted, amigo *Fray Gerundio*, cómo yo, periodista de toda la vida, que me acerco á mi ocazo con la perspectiva del hospital ó el asilo, no simpatice con los justos anhelos de los que quieren salir de este círculo mezquino en que nos agitamos todos?»

—¿Y de dónde saca usted que yo no simpatice? Fíjese usted bien en lo que digo en la respuesta anterior. Alcanzando el doble de lo que pretenden, no llegarían aún á las ventajas económicas que para todos deseo.

Quien, como yo, se ha pasado la vida sintiendo repercutir en su estómago el hambre de cuantos la sufrían, y en sus carnes el frío de todos los que tiritaban, ¿cómo iba ahora á ponerse en contradicción consigo mismo, tratándose de los que considera como hermanos? Menos concibo yo (y esto no va con usted) que periodistas que nunca se preocuparon de la miseria (patente, no disimulada) de los obreros se unan ahora á los que no atendieron ó menospreciaron. Y no para ayudarlos

á alcanzar lo que anhelan, sino para que les ayuden ellos á conseguir un éxito que por sí solos les sería muy difícil lograr.

Y corto aquí para no incurrir en la nota de pesadez, aun pudiendo llenar este número con variaciones sobre el mismo tema. No sin decir á usted que es poco halagüeña la perspectiva que me señala de acabar mis días en un hospital ó un asilo, perspectiva que en ciertos momentos entreveo, aunque sin llegar á creer del todo que pueda darse ese caso. Quedan aún bastantes románticos en España, entre los cuales tengo algunos modestos amigos, que seguramente se interpondrían entre mi y casi completamente inútil personalidad y esos dos edificios.

Pero aun suponiendo que esta fuese la última equivocación mía, de fijo que, si en alguno de ellos me viera, y usted, *Fray Gerundio*, viniese á Madrid por entonces, tendría yo la gran satisfacción de estrechar en él su mano, á pesar de no haber coincidido en lo de la sindicación de los periodistas.

¿Qué digo á pesar? Precisamente por no haber coincidido.

JOSE NAKENS

Periodistas á duro

Escrito lo anterior, me entero de que el sindicato de Madrid ha presentado ya á las empresas de periódicos unas bases que no conozco, pero entre las cuales figura la de que el sueldo mínimo sea de treinta duros. Es decir, la mitad de lo que gana el linotipista que menos.

Luego, una de dos: ó creen los periodistas que los tipógrafos ganan demasiado ó creen que para ser periodista hace falta menos preparación y menos capacidad que para ser tipógrafo.

Si lo primero, ¿no han previsto que muy en breve de seguro tendrán que apoyar á los tipógrafos en una nueva demanda de aumento de jornal? ¿Cómo podrán hacerlo contra lo que estiman razonable?

Si lo segundo, entiendo que hubiera convenido más á la clase seguir guardándose el secreto y haciéndose la explotada por amor á la profesión, que no confesar que nosotros mismos no estimamos nuestros méritos en más de un duro diario. Menos de lo que gana un albañil.

Hasta puede haber quien crea que pedimos poco para poder contestar alguna vez como aquel mendigo que, á la puerta de una iglesia y con un envoltorio en brazos, pedía «dos centimitos para la pobre criatura». Una vieja, que le daba los dos céntimos todos los días, se empeñó uno en ver al niño; y como descubriese que sólo era un lío de trapos se escandalizó con gran estrépito. A lo que el mendigo contestó filosóficamente.

—¡Pero señora! ¿Es que por dos céntimos quería usted un niño de verdad?

Mi fe en el Parlamento

Es tan elevado el concepto que tengo de nuestro Parlamento concepto que á diario refuerzo el actual Presidente del Congreso hablando de la sabiduría de la Cámara—que no puedo por menos de admitir las siguientes cosas, aunque costándome el trabajo que mis lectores pueden suponer:

Que el Presidente del Consejo de ministros es un calumniador. (Palabras del Sr. Cierva en la sesión del día 18.)

Que el Sr. Cierva es un mal educado con quien no se puede hablar. (Palabras del Presidente del Consejo de ministros en la sesión del día 20.)

Que el Sr. Cierva no merece ningún respeto. (Palabras del Sr. Besteiro en la sesión del día 21.)

Que el ministro de Abastecimientos ha hecho una combinación nada limpia con la exportación del arroz. (Palabras del Sr. Maestre Laborde en la sesión del día 21.)

Que cierto diputado ciervista es un cochino. (Palabras del ministro de Abastecimientos en la sesión del día 21.)

Que todos los diputados ministeriales son *esto y lo otro*. (Honesta disfraz de los insultos dirigidos por los ciervistas á los ministeriales en la sesión del día 21.)

Que todos los diputados ciervistas son *aquello y lo de más allá*. (Manera limpia de referirse á los insultos dirigidos por los ministeriales á los ciervistas en la sesión del día 21.)

Si estas cosas se las hubiesen dicho en la plaza de la Cebada unos verduleros á otros, seguramente yo hubiera pensado: «¡Bah! ¡Siempre se exagera! Al fin y al cabo, gente de pocos principios.» Pero dichas en el Congreso y de unos diputados á otros, no tengo más remedio que creerlas justas y adecuadas.

Y ya he advertido que me cuesta gran violencia. Pero mi fe en el Parlamento es tal, que he de ver que los padres de la patria se zurren la badana, (como hicieron el día 21, aunque no muy fuerte) y lejos de alarmarme me servirá de satisfacción por entender que si así procede el Parlamento en su sabiduría será porque así nos conviene.

¡Qué digo pegarse! Trizas había yo de saber que se hacían y me consolaba pensando en el beneficio que de ello tendría que resultar para el país.

Ejemplo que imitar

La Comisión ejecutiva de la Unión de los Sindicatos del Sena han dirigido al Comité general la siguiente carta, referente á la votación del día 7 del actual, acerca de la huelga general.

He aquí lo principal de la carta:

«Los intereses de las organizaciones de los trabajadores, que estamos encargados de guiar y representar, nos obligan a declarar que, si decisiones tan graves, y que pueden acarrear consecuencias tan peli grosas, pueden ser adoptadas de un modo tan prematuro y desconsiderado, nos parece que no podemos seguir siendo fieles intérpretes de ellas. Experiencias, recientes todavía, de que las decisiones extremas no han podido ser puestas en práctica, nos recuerdan, en lo relativo á las garantías de éxito favorable, que las resoluciones activas no deben adoptarse más que cuando se pueda pasar inmediatamente de las afirmaciones á los actos.

Seguimos fieles al principio de huelga general, al cual creemos que se le debe conservar todo su valor revolucionario; pero, precisamente porque no queremos de bilitar su poder, opinamos que no se debe emplear con demasiada ligereza. No podemos, por ejemplo, dejar creer por más tiempo á los trabajadores que esos continuos manejos amenazando con la huelga, pueden ser considerados como un remedio específico y universal, aplicable á todos los males que sufrimos. La huelga no puede ser hoy el único medio de acción que pueda poner en práctica la clase obrera para declarar su voluntad.

La huelga general, que tenga como consecuencia un paro absoluto y general de toda producción, no puede tener más que un valor simbólico, demostrativo del poder y la fuerza de los trabajadores; pero no puede descender á ser la concepción de un gesto negativo y destructor.

La huelga no podrá adquirir la plenitud de su valor revolucionario más que el día en que el proletariado se encuentre suficientemente educado y preparado para que á ella suceda inmediatamente la aplicación de principios creadores que neutralicen sus efectos.

Creemos, pues, deber nuestro manifestar lealmente que los obreros deben examinar las graves circunstancias históricas actuales, con atención y clarividencia especial.

¿Aceptarán los sindicalistas españoles ese criterio, y obrarán en consecuencia?

A todos nos convendría, y á ellos principalmente, por las razones que dan los de París.

La huelga de inquilinos

Al ver la marimón que hay armada por la carestía de las viviendas, he recordado que en los comienzos de 1903 propuse, en vista de los abusos de los Caseros, que nos negásemos todos los inquilinos á recoger á su presentación el recibo de los alquileres.

La idea no cayó en saco roto, como no cae ninguna de las que son justas, y á los pocos días me encontré con una noticia que me llenó de regocijo y me inspiró el artículo siguiente:

IDEA REDENTORA

De El Liberal de Barcelona:

«Los caseros han tenido un banquete para festejar la rebaja de derechos en los juicios de desahucio. ¡¡Mueblen los inquilinos morosos!

A este paso no quedará otro recurso que poner en práctica el plan de Nakene: no pagar

nadie el alquiler, absolutamente nadie, y que d... salucien á todo el mundo.

Ya que les sale barato, que se gasten en eso el dinero, á ver si les resulta la cuenta.»

De cuantas ideas he lanzado y han sido aceptadas tarde ó temprano, ninguna logrará más éxito que esta. Y si no al tiempo.

¡Una huelga de inquilinos! Si sólo al pensar en ella se alegra el alma, se ensancha el corazón y se regocija el bolsillo, ¿que no ocurrirá el día que se inicie?

Y que en esta no entrarían únicamente los de este oficio, los de aquel gremio, los de aquella clase, no. Todas las clases, todos los gremios, todos los oficios... excepto to los caseros.

¡Y qué lío! Salvo contadas excepciones, una vez declarada la huelga, el procurador que demandara, huelguista; el oficial del juzgado que extendiera las papeletas de citación, huelguista; el juez que los firmara, huelguista; el alguacil que las repartiera, huelguista...

Pero ¿qué digo, si en el momento que todos los inquilinos nos declarásemos en huelga no habría quien demandase, ni quien extendiera papeletas, ni quien las firmara, ni quien las llevase? ¿O es que íbamos á ir los huelguistas vuos contra otros?

¡Y lo que nos divertiríamos los inquilinos viendo á los caseros y á los administradores (de éstos se declararían también muchos en huelga), amenazar, suplicar, gritar, apaciguarse, buscar arreglos, proponer transacciones, tirarse de los pelos, llorar, arrodillarse ante los que tantas veces barbar ziron!

¿Y las agradables sorpresas que nos darían las cuartas planas de los periódicos?

«Don Cornelio Rapante, casero, falleció ayer hidrófobo.»

«Don Primitivo Araña, casero, ha pasado á peor vida.»

«Don Segundo Dogal, casero, ha fallecido asfixiado.»

«Don Justo Tenaza, casero, se arrojó ayer por el Viaducto.»

¡Y centenares de estas consoladoras noticias á diario, amenazadas por el ingenio de los periodistas, en huelga todos también!

¡Ah, esto nos compensaría en parte de los disgustos horribles que los caseros nos han dado, nos dan y nos darán si no adoptamos pronto la salvadora resolución!.....

Al llegar aquí, una idea triste viene á acabar la alegría sin límites que disfrutaba. ¡Llegaré yo á ver esto? Sospecho que no. Está España poco civilizada para realizar en breve tan hermoso ideal.

De que lo realizará algún día no me cabe duda, porque es justo, equitativo, y artístico; esto sobre todo. Mas ¡ay! yo no lo veré; ni yo Moisés, no entraré en la tierra de promisión. ¡Cruel destino el de los hombres superiores que marcamos derroteros á la Humanidad!

Pero ya que entrar no pueda, halago la consoladora esperanza de que alguno de los huelguistas dedique aquel día un recuerdo á mi memoria, y que la multitud, alborozada y agradecida, lance un júbiloso derrocedor que llegue hasta mi tumba olvidada; comprometiéndome desde hoy á responder con el mayor entusiasmo al viva del amigo que me recuerde, porque de seguro

mis restos se animarán dentro del sepulcro inerte,

y á despecho de la muerte mis brazos lo estrecharán, á la vez que exclame con la voz vibrante y sonora de los esqueletos en buen uso: ¡Viva la huelga de inquilinos!

Han transcurrido dieciséis años, durante los cuales los caseros han apretado las clavijas á los inquilinos con una ferocidad tan ahorcable, que han originado el conflicto presente que no aciertan á resolver ni aun contando con el apoyo decidido de los gobiernos conservadores.

Y esto me hace halagar todavía la dislocante esperanza de que, contra lo que yo presumí, pueda presentarse antes de lanzar el último júbilo, el magnífico, grandioso y sublime espectáculo de que á principio de un mes cualquiera, los caseros no cobren ni un céntimo, y que, agradecidos los vecinos de Madrid, acudan en tropel á felicitarme por haber lanzado tan simpática idea, y entre gritos de entusiasmo delirante coloquen en la fachada del cuarto que habito una lápida donde en letras doradas se lea:

«AL REDENTOR DE LOS INQUILINOS.»

DE JUEVES A JUEVES

De los escándalos en el Congreso, hablo en otro lugar.

Las huelgas declaradas y mantenidas en toda España, han sido innumerables.

En Madrid, la de panaderos acabó incautándose el Gobierno de las tahonas, pagándoles á los obreros lo que deseaban que les diesen los patronos. Estamos esperando para mañana viernes que los tranviarios se sumen á los pintores, ebanistas, vidrieros, tapiceros, boteros, limpiabotas, etcétera, etcétera.

Y para el domingo que los secunden los dependientes de ultramarinos.

Y para el martes la declaración del lock-out de los patronos madrileños.

En Zaragoza rige el estado de guerra por haberse declarado la huelga general á causa de haber sido presos varios sindicalistas.

En Barcelona, una de petardos que Dios tirita, amén de los que nos vienen dando desde hace tiempo las autoridades y los que pactan hoy y se rebotan mañana.

En Valencia, nadie se entiende, y en todas las demás ciudades, villas y aldeas que tiene España, ídem, ídem, y á todo esto las subsistencias escaseando y subiendo.

Todo Cristo pidiendo algo y

Se continuará.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES

PARA AYUDAR A EL MOTIN

Lino Galban, Plasencia, 50; pesetas. Anselmo Arenas, M. lilla, 25; Juan Bartoli, Calaceite, 25; Francisco Llauredó, Reus, 19; Fernando Villamil, Figueras de Asturias, 4.

Imp. Genérica, San Leonardo, 8.